

UNIVERSIDADES CATOLICAS Y EVANGELIZACION

La Federación de Centros de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile quiso analizar si su universidad evangelizaba y cómo debía hacerlo. Serviría de evaluación de los compromisos de Puebla y de preparación para la convocatoria de Santo Domingo. Al preparar las jornadas les pareció que el estudio sería más profundo y significativo si se hacía a nivel latinoamericano. Convocaron a los centros de estudiantes de las universidades latinoamericanas, y representantes de 28 Universidades, asistieron al encuentro, que tuvo lugar del 3 al 7 de septiembre en Santiago. Contaron con la participación del Presidente de la Conferencia Episcopal que abrió el evento, del arzobispo de Santiago, de los Rectores de la Católica de Santiago y de Valparaíso y de la Universidad Centroamericana de Managua, con sendas ponencias, además de teólogos y culturólogos invitados. Las jornadas se llevaron a cabo con profundo espíritu evangélico y exigente rigor universitario. Como muestras significativas damos a conocer a los lectores de SIC la ponencia del Rector de la UCA de Managua y la declaración final del encuentro. Posteriormente fue difundido el documento de la Secretaría de Estado del Vaticano sobre las universidades católicas (cf. Noticias de la Iglesia). Presentamos la sección doctrinal que sirve de marco genérico para las búsquedas latinoamericanas. (N. de la R.)

1. EL ROL DE LAS UNIVERSIDADES CATOLICAS EN LA TAREA DE EVANGELIZAR LAS CULTURAS EN AMERICA LATINA.

César Jerez S.J.

Rector de la Universidad Centroamericana de Managua (Nicaragua).

Introducción:

El tema que se me ha asignado es sumamente amplio y no pretendo ser exhaustivo. No entraré en la cuestión técnica de definir los conceptos, correlacionados pero diferentes, de "universidad católica", "universidad eclesial" o "universidad pontificia" porque las instituciones significadas mediante tales conceptos son, en realidad, modos posibles no únicos ni definitivos de lo que actualmente llamamos, con más generalidad "universidades de inspiración cristiana". Tampoco abordaré los delicados problemas de definir qué es cultura ni qué es evangelizar una cultura, en abstracto. Mi perspectiva será histórica y concreta.

Tengo la sospecha de que, al invitarme a este evento, ustedes están interesados en conocer cómo, porqué y para qué trabaja una universidad de inspiración cristiana en la situación concreta de un país centroamericano. Si este no fuera el caso, lamento mi falta de percepción. Pretendo hablar desde Centroamérica y teniendo como punto de partida el caso de dos universidades de inspiración cristiana que alguna incidencia han tenido en la evangelización y el desarrollo cultural de Nicaragua y El Salvador. Me refiero a dos pequeñas y modestas universidades: La Universidad Centroamericana (UCA) de Managua y la Universidad Centroamericana (UCA) de San Salvador.

La UCA de Managua fue creada oficialmente el 23 de Julio de 1960 y, con sus treinta años de vida institucional recién cumplidos, es la pionera de las universidades privadas centroamericanas. Su nombre original, que muy pocos recuerdan, fue "Universidad Católica Centroamericana, sección de Nicaragua". Tanto ella como la UCA de San Salvador han presenciado, acompañado y convivido los complejos y violentos conflictos actuales de los pueblos a quienes sirven. Una y otra han sido piedra de escándalo en determinados momentos y han suscitado las iras de los poderosos. Y la UCA de San Salvador fue testigo, el pasado 16 de Noviembre de 1989, del cruel asesinato de dos empleadas domésticas y seis profesores jesuitas, incluidos el Rector y Vice Rector Académico, por militares del ejército salvadoreño, a causa

precisamente de su contribución universitaria de inspiración cristiana al advenimiento del Reino (de la paz, la justicia y el amor) en un país que lleva once años desgarrado por la guerra civil.

I. UNA NUEVA UNIVERSIDAD PARA UNA NUEVA CULTURA

Hace cuarenta años escribía Lawrence J. Mc. Ginley, s.j.: "La Universidad es una creación del catolicismo. Ni Atenas, ni Tebas, ni Nínive, ni Jerusalén conocieron la institución que llamamos Universidad. Esta nació de la Iglesia, y creció alimentada y formada por el catolicismo" (1). Y esto no sólo sucedió así en el Viejo Mundo. En el Nuevo Mundo también las Universidades nacieron como parte de la acción de la iglesia católica, a menos de 50 años después del Descubrimiento. En efecto, la primera universidad americana fue la Universidad de Santo Tomás en la Española, fundada en 1538.

Desde que fueron inventados en la Europa medieval, hace diez u once siglos, hasta ahora, después de muchas reformas, las universidades se han dedicado a producir conocimiento y a enseñarlo de manera que, al menos intencionalmente, el *studium* es autónomo del *regnum* (poder civil) y del *sacerdotium* (poder eclesial). Desde la universidad llamada a la universalidad, pasando por la universidad profesionalizante, hasta nuestra universidad latinoamericana "liberadora", la institución ha sufrido varias metamorfosis que podemos describir a vuelo de pájaro.

I.1 EL MODELO MEDIEVAL

La universidad medieval fue enciclopedia, *simposium*, *Universitas magistrorum*, la universidad de los grandes maestros que hacían escuela y lograron una unificación teológica del saber y del hacer. En ella, al servicio de la Teología, cobraron cuerpo la Filosofía y el Derecho. En sus mejores momentos, la Universidad medieval fue eficaz vehículo de evangelización, pero las doctrinas se fueron fosilizando

mientras la sociedad evolucionaba. Y, en cierto sentido, toda universidad, especialmente las universidades del Tercer Mundo, siguen padeciendo análoga inercia histórica. Varias veces he repetido en la UCA que "lo que más hacemos y peor hacemos es enseñar". Desgraciadamente sigue siendo frecuente entre nosotros la actitud del profesor universitario que, después de hablar ex-cathedra, pide a sus alumnos cuenta exacta de lo que ha dictado.

I.2 EL MODELO MODERNO

Dos acontecimientos transformaron radicalmente la universidad medieval: la Reforma protestante y la Revolución francesa, personificada en Napoleón logró lo que la Reforma no pudo: separar definitivamente la religión de la vida pública, restringiéndola a ser una más en las funciones de la sociedad, dirigida por el déspota llamado Estado. Sin embargo el modelo más logrado de universidad moderna no fue el napoleónico, sino el de la universidad alemana que investiga en laboratorios, publica el resultado de las investigaciones y enseña mediante múltiples seminarios en los que se lee mucho. Las universidades contemporáneas participan, en mayor o menor grado, de estas características positivas.

La universidad moderna hizo posible la especialización de las ciencias y las tecnologías y la formación de especialistas e investigadores, confinados cada uno en su perspectiva de la realidad. El peligro de este modelo es la incomunicación de los saberes y las técnicas, peligro grave para nuestras universidades latinoamericanas.

I.3 EL MODELO CONTEMPORANEO

La universidad contemporánea pretende recuperar la conexión entre las especialidades, mediante el tratamiento cibernético de los enormes volúmenes de información producida por los especialistas. Las posibilidades para la docencia y la investigación crecen exponencialmente. Estamos presenciando un cambio cuyos alcances desconocemos. Nuestras universidades latinoamericanas, unas más otras menos, comienzan a incorporar el nuevo modelo. Tan nuevo, en verdad, que resulta sorprendente que conserve algún rasgo hereditario de las universidades medievales o, en nuestro caso, de las universidades del siglo XVI.

I.4 UN APORTE LATINOAMERICANO

El elemento unificador (universitario, en el sentido estricto de la palabra) de los saberes y los haceres en la edad media fue la Teología. En la edad moderna, la Filosofía. Y en la edad contemporánea, la Informática y la Teoría de Sistemas. En América Latina, el elemento unificante ha sido el recurso a la realidad, la tendencia a considerar que la Universidad no puede aislarse jamás, aunque lo intente, del contexto en que vive. Es una institución que se pone al servicio (universitario) de la transformación de nuestras sociedades o se convierte en un parásito social. Decía al inicio que el punto de partida y la perspectiva de mi exposición lo constituyen dos pequeñas universidades centroamericanas. Estas universidades se han propuesto como tarea fundamental el conocimiento de la realidad nacional como contribución universitaria a la transformación de la sociedad. Decía Ignacio Ellacuría S.J., el Rector mártir de la UCA de San Salvador, que el principal objeto de estudio de la universidad debe ser la realidad nacional. Y ésta es una perspectiva liberadora, porque, para la civilización occidental, el universo de referencia es Europa y son los Estados Unidos de América.

En nuestras dos universidades de inspiración cristiana el estudio de la realidad nacional se ha intentado desde una perspectiva particular, desde lo que la Iglesia Latinoamericana llamó, en la III Conferencia General de su Episcopado, "la opción preferencial por los pobres". Esta opción no es ciertamente exclusiva pero sí preferencial y se convierte en elemento clave y decisivo en la concepción y orientación de la universidad misma. Quizás hayamos hablado y escrito demasiado

sobre "la opción preferencial por los pobres". Lo principal, sin embargo, ha quedado escrito con las vidas de nuestros hermanos, entregados en un martirio causado por el rechazo a la universidad que crearon. Sus seguidores en la UCA de San Salvador y nosotros en la UCA de Managua tratamos de realizar ese mismo modelo de servicio a la sociedad, mucho más modestamente porque estamos aún metidos en el trabajo y nuestras vidas no han sido selladas para siempre por la muerte que revela la verdad de la vida.

Para evangelizar las culturas de América Latina, una universidad de inspiración cristiana tiene que guiarse por el modo de proceder de Dios en Jesús de Nazaret, historizándolo para nuestro tiempo. El primer movimiento de este modo de proceder fue un movimiento encarnatorio, una "inculturación de Dios en la historia humana". El Hijo de Dios se hizo parte, tomó partido de una de tantas culturas de la época en que fue concebido y nació. Indica ya esto que Dios en su encarnación asume la pluralidad de las culturas y el valor de cada una de ellas, negándose a la absorción e invasión culturales que han sido la permanente pretensión de las culturas dominantes o imperiales. Leídos desde la fe, el hecho de que Dios eligiera, al encarnarse, la inculturación en un pequeño pueblo sometido al vaivén de los grandes imperios competidores, apunta ya a una preferencia de Dios por realizar la salvación desde la perspectiva de lo pequeño y lo humilde, siempre amenazado en su particularidad y en su supervivencia.

Dentro de esa cultura, la cultura de la sociedad hebrea, Jesús de Nazaret se sumergió en la tradición cultural de los movimientos proféticos, síntesis de las esperanzas de fraternidad y justicia de los empobrecidos, oprimidos y marginados, incluidas las mujeres de su pueblo, siempre minusválidas en una sociedad patriarcal. Convertido en rabí, maestro, no se incorporó a las escuelas rabínicas que achataban la gran utopía del Reino de Dios reduciéndola a la restauración de las instituciones etnocéntricas del pueblo hebreo (reino, templo, sacerdocio) sino que, en su buena noticia del Reino, lo presenta como recreación de las estructuras de la comunidad humana y como transformación de los corazones convertidos, permanentemente abiertos.

En tales opciones de Jesús está la clave del avance fundamental que las primeras comunidades de sus seguidores tuvieron que dar cuando se enfrentaron con el hecho de que el mensaje del Mesías resucitado atraía a personas de diversas culturas. La controversia sobre si la pertenencia a la identidad cultural hebrea (circuncisión, leyes de pureza, etc.) era requisito para la conversión a la buena noticia del Reino se zanjó con un triunfo de la libertad: reconocimiento de la libertad del Espíritu del Resucitado para suscitar la memoria de Jesús en culturas diversas de la hebrea. Y reconocimiento de la libertad de los hombres y pueblos de acercarse a la fe, afirmando a la vez su particular identidad cultural, "en Cristo Jesús no hay judío ni griego".

Esta universalidad fue tan audaz como para señalar hacia una meta aún no lograda a plenitud: la igual valoración de las identidades sub-culturales de hombre y mujer. Además, fue una universalidad "sesgada" a favor de los marginados de la cultura dominante, de acuerdo a las opciones fundamentales de Jesús. Los apóstoles judío-cristianos reconocieron que Pablo enraizara su anuncio a los griegos en la cultura propia de éstos, pero lo instaron continuamente a recordar a los pobres de las comunidades de Jerusalén. Pablo acogió esta insistencia como fundamento de una solidaridad intercultural que postula la defensa de la vida de los pobres como principio de universalidad.

Nuestras universidades centroamericanas de inspiración cristiana pretenden ser consecuentes con este principio de universalidad. Lo decisivo no es la universalidad del dogma de la iglesia católica (universal), como en la universidades medieval. Ni la universalidad de la razón (europea), como en la universidades moderna. Ni la universidad de la aldea tecnológica global, como en la universidad contemporánea. Sino el imperativo categórico universal de defender la vida de los pobres. Sin renunciar a la excelencia académica posible, asumen como guía para la acción ese desafío cristiano (mesiánico) a la autosuficiencia de las culturas dominantes.

Tanto al luchar universitariamente para que la historia salvadoreña

pase de la dominación y la injusticia a la libertad y la justicia, como al brindar un apoyo crítico al proceso revolucionario en Nicaragua, nuestras universidades han pretendido desafiar la ideología de la superioridad de la cultura occidental respecto de la cultura popular de nuestros pueblos. A esa cultura occidental, eurocéntrica, cuya hegemonía ha justificado la poca importancia real concedida a la vida de los pueblos del "oriente" y del "sur", Ignacio Ellacuría la caracterizó como "civilización del capital".

Nuestras universidades intentan anunciar a nuestros pueblos que la vida de sus multitudes humilladas y empobrecidas merecen y exigen una transformación radical para que puedan sobrevivir y desarrollarse en su válida y valiosa identidad de pueblos distintos, simbiosis de las culturas amerindias, afroamericanas y europeas. Tal anuncio es un desafío al hábito cultural del silencio y la minusvalía que les ha sido impuesto. Y también un desafío para aquellos grupos minoritarios que en nuestras sociedades centroamericanas se han constituido en acumuladores de la riqueza producida por el trabajo de las mayorías y en opresores y represores militares y policiales de las esperanzas de esas mayorías. Nuestras universidades intentan ayudar al diseño y establecimiento de un proyecto alternativo: "la civilización del trabajo".

Al plantear tales desafíos, sin embargo han procurado hacerlo a la manera de Jesús, que no fue un "universitario" académico sino el Principio mismo de una nueva universalidad y universidad, de una nueva cultura universal que aún no se ha manifestado. Han procurado creer en la capacidad de escucha no sólo de los dominados sino también de los dominadores. Lo prueban los quizá ingenuos intentos de diálogo de la UCA de El Salvador con los militares, para convencerlos de profesionalizar su institución y servir así a la totalidad del país y no sólo a los proyectos de las minorías dominantes y de los Estados Unidos imperiales. Lo prueba también el esfuerzo por descubrir los diferentes matices de las tendencias del actual partido derechista gobernante, que permitan un diálogo con las fuerzas populares. Lo prueban los llamados de atención de la UCA de Managua al gobierno sandinista para que revisara sus políticas económicas y profundizara aún más sus proyectos democráticos.

Ciertamente no todo en nuestro trabajo y en nuestros planteamientos ha sido acertado ni eficaz. Tal vez haya faltado mayor coherencia entre lo que decimos y lo que realmente hacemos. Si este fuera el caso, pienso que ello no invalida la perspectiva general. Para el creyente el hecho de dar la vida por los amigos es el mayor signo de amor. La universidad no tiene que ser una escuela de martirio pero no debe asustarse si se convierte en una institución subversiva, desde el punto de vista de las minorías dominantes y los ejércitos represivos, como fue y lo es la UCA de El Salvador, con su cuota de ocho mártires.

II. TAREAS FUNDAMENTALES DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA

Una universidad católica, en nuestro caso una universidad de inspiración cristiana, tiene tareas incluyentes de carácter general y otras de carácter particular, al pretender encarnarse en una realidad concreta. Es posible que muy pocos pobres estudien en ella, pero esto no ha de ser obstáculo para que la intencionalidad de la institución, su peso específico como fuerza social, esté puesto al servicio de los pobres.

II.1 La tarea fundamental es "el servicio de la fe mediante la promoción de la justicia", desde la funcionalidad universitaria.

II.2 Para que tal opción se haga realidad, profesores, estudiantes y administrativos de alguna manera deben experimentar la vida de los pobres. De esa experiencia vendrá la inspiración para la acción universitaria, para el pensamiento y la investigación de la problemática social, económica, política, sanitaria, educacional, cultural... con las ciencias en una mano y el Evangelio en la otra. Una universidad católica puede hacer teología, y muy buena teología, al reflexionar sobre la fe, pero esto no basta para poner la universidad al servicio de la fe. Más

importante es lograr que la comunidad universitaria viva la experiencia de compartir los problemas de los pobres, haga propia la opción fundamental y haga ciencia y conciencia desde ella. La universidad debe proveer los datos científicos sobre la realidad y puede también encontrar maneras de inspirar la fe.

II.3 En un contexto como el centroamericano (largos años de guerra civil en tres países del área), la universidad debe convertirse en un lugar privilegiado para que el diálogo y la negociación sean posibles y se realicen teniendo en cuenta los intereses de las mayorías. En los esfuerzos de concertación, conciliación o reconciliación hacia la paz, la democracia y el desarrollo, la universidad de inspiración cristiana tiene posibilidades muy concretas de hacer presente los signos del Reino. Puede ser el lugar de la conciliación de contrarios propia de toda reconciliación.

II.4 Este tipo de tareas no las exime de las que tiene en común como cualquier universidad: rescate de los valores de la cultura popular, protección de los intelectuales y científicos en momentos de persecución, diseño de modelos alternativos de solución de los problemas económicos, sociales, agrícolas, sanitarios, educacionales, etc.

II.5 La hora histórica que vivimos no es, al menos en una primera aproximación propicia para los optimismos. Asistimos a un cambio de época, impredecible hace pocos meses, o un año. En América Latina hemos vivido bajo la Doctrina Monroe, postulado inmutable de otras formulaciones que la quisieron dulcificar: "política de buen vecino, Alianza para el Progreso, "Apoyo a los Paladines de la Libertad". La Unión Soviética ha renunciado a la Doctrina Brezhnev pero la Doctrina Monroe permanece. Al terminar la guerra fría el balance del poder en el mundo se ha descoyuntado. Los pueblos latinoamericanos en una esfera de influencia donde no se han derribado los muros, están más indefensos que nunca. Al diluirse el conflicto Este-Oeste emerge con toda claridad y fuerza el conflicto Norte-Sur. La invasión a Panamá, legitimada como una operación de lucha contra la dictadura y el narcotráfico, significó en realidad un mayor aislamiento para los movimientos populares de El Salvador y Guatemala, una vuelta de tuerca en el cerco a Cuba y un aviso a Japón de que en el hemisferio occidental los Estados Unidos no están dispuestos a compartir hegemonías. La crisis iraquí golpeará fuertemente nuestras economías en franco deterioro estructural y supondrá una nueva inflación de nuestra deuda externa. La doble moral ha quedado al descubierto: la invasión norteamericana a Panamá es legítima, no lo es la invasión de Irak a Kuwait.

Frente a esta situación radicalmente nueva, nuestras universidades tienen la tarea de estudiar a fondo la nueva configuración del mundo y prever, hasta donde sea posible, sus tendencias. Con el fin de ayudar a nuestros pueblos a superar la sensación de que todos los cielos se derrumban y los males se agravan sin explicación clara. El desconcierto engendra confusión, la confusión engendra temor y el temor un desesperado conservadurismo o un radicalismo de cualquier signo. Nuestros pueblos tienen derecho al saber que es poder. Poder para prever los márgenes de acción que dejan los acontecimientos actuales.

Para ello las universidades habrán de entrar en el conflicto de las interpretaciones. Desde nuestra opción preferencial por los pobres no podemos alegrarnos del fin de las utopías sociales. Ni siquiera podemos proclamar dicho fin. Cuando nadie las defiende, nosotros tendremos que seguir las anunciando y estudiando. Porque la muerte de las utopías sociales significa un duro golpe contra las esperanzas de nuestras mayorías empobrecidas. Desde nuestras universidades habrá que recordarle siempre al capitalismo, a la civilización del capital, que el fracaso de los modelos del socialismo real no significa el éxito del capitalismo. El Tercer Mundo es un elemento decisivo para la sobrevivencia del capitalismo mundial, al permitirle márgenes donde exportar sus crisis cíclicas. Un sistema bueno sólo para menos de un tercio de la población del planeta no puede ser un buen sistema. Al menos no puede serlo sin

sufrir profundas transformaciones estructurales que aún están por verse.

II.6 En tal contexto, las universidades han de contribuir a decir a nuestros pueblos la verdad de su situación-límite. Y junto a ellos deberán formular propuestas que ayuden a superar la mera rebeldía y la protesta estéril. Estas propuestas habrán de responder a una dinámica de lo posible, de algo posible que parecerá y será pequeño en comparación con nuestras necesidades y esperanzas. Si son necesarios los ajustes estructurales, las universidades deberán contribuir al diálogo popular, a la búsqueda de alternativas y al desenmascaramiento de las falsas políticas que permiten el continuo desangre del pago de la deuda externa, la sobreacumulación en pocas manos y la exportación neta de capitales.

II.7 En terreno de lo político, las universidades deberán elevar la temperatura de las aspiraciones a la democracia. Lo que es bueno para el Este europeo, la libertad recobrada, no puede ser malo para nuestros pueblos latinoamericanos. La investigación y la proyección social universitarias deberán descubrir y alentar todos los brotes organizativos que amplíen y den consistencia a la sociedad civil. A fin de que la democracia, en vez de restringirse al ejercicio electoral, se desarrolle desde las bases de nuestros pueblos, en forma totalmente participativa. El conocimiento universitario, para ser legítimo y cristiano, tendrá que irse haciendo pan de cada día en la mesa de más y más grupos populares.

II.8 Cada uno de nuestros países, en solitario, no irá muy lejos. En mi vida de servidor de la justicia me he entusiasmado, por ejemplo, con la integración centroamericana, hoy en ruinas. Si esa integración no resucita y se amplía, al menos a México, no lograremos que el Primer Mundo nos trate de manera menos desigual. Nuestras universidades pueden aportar mucho a esta integración, ya que los gobiernos se han manifestado particularmente torpes al respecto.

II.9 Vivimos en una aldea global, pero desigual y desigualizante. Sin embargo, en los países del Norte hay minorías que, en un nuevo amanecer de humanismo (muchas veces explícitamente cristiano), desafían las políticas brutales de sus gobiernos frente al Tercer Mundo y encuentran en la solidaridad internacional una herramienta para abrir brechas en la civilización del capital. Nuestras universidades deberán apoyarse en esa corriente de solidaridad y aumentar el justo intercambio entre minorías del Primer Mundo y mayorías del Tercer Mundo. En

Centroamérica y en toda América Latina vivimos esta solidaridad. Ha sido una experiencia de gracia, de comunión de los honestos y de los santos.

III. Conclusión

Comprendo que este aporte a un tema tan complejo y delicado, como el del rol de las universidades católicas en la tarea de evangelizar las culturas en América Latina, está pensado desde la muy particular situación centroamericana. No creo que haya recetas universalmente válidas para todo tipo de situaciones históricas, pero sí es posible hacer algunas generalizaciones válidas a partir de una realidad particular, en este caso una realidad martirial.

Estamos preparando la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y es muy conveniente hacerlo con la calma necesaria. Me alegro sinceramente de que la Pontificia Universidad Católica de Chile haya tomado la iniciativa de este encuentro y que haya sido precisamente la Federación de Estudiantes su promotora.

En la preparación de cada una de las Conferencias Generales del Episcopado de América Latina, nuestra Iglesia ha experimentado un "kairós". No siempre han sido momentos fáciles, porque también nosotros sufrimos en la Iglesia fuertes polarizaciones ideológicas. Pero al final de las Conferencias, tanto en Medellín como en Puebla, vivimos momentos de plenitud. El Espíritu del Señor es más fuerte que nuestras expectativas ideológicas y que nuestras teorías sociales y políticas. La opción por la justicia y por la vida de los pobres han generado Vida y Santidad en la Iglesia y en esas particulares instituciones de la Iglesia que son las universidades católicas.

Pienso que el esfuerzo realizado durante estos días en Santiago de Chile será una muy especial contribución al futuro de nuestra Iglesia. Concluyo agradeciendo a los organizadores de este encuentro la oportunidad que me han concedido para hablar de nuestra concreta experiencia centroamericana, junto al Señor Arzobispo de Santiago, Su Excelencia Monseñor Carlos Oviedo, con la esperanza de enriquecer la reflexión sobre la forma de evangelizar nuestras culturas desde nuestras universidades.

- (1) Lawrence J. Mc. Ginley, S.J., (Presidente de la Universidad Católica de Fordham), *La función de la Universidad Católica, en la Universidad en el siglo XX*, Ed. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1951.

2. DECLARACION DE SANTIAGO

Centros de Estudiantes Universidades Católicas de América Latina

Nosotros, estudiantes de las universidades católicas de Latinoamérica, reunidos en Santiago de Chile, reflexionando juntos a la luz de aquellas enseñanzas del documento de Puebla y del magisterio de la Iglesia sobre universidades católicas que desde nuestra perspectiva—contienen mayor riqueza y presentan los más altos desafíos en la hora presente, hemos examinado la realidad de nuestras universidades latinoamericanas constatando con profunda preocupación lo siguiente:

- 1) Que las universidades católicas no han sido, para nuestra Iglesia latinoamericana, una opción clave y funcional de la evangelización, como lo anhelaban los Obispos reunidos en Puebla, sino que han sido abandonadas a su suerte en un mundo cada vez más caracterizado por la ausencia de Dios.
- 2) Que aquella urgente tarea que la Iglesia se impuso para el mejor servicio a sus universidades, de dar a conocer eficazmente el mensaje del evangelio en el medio universitario, respetando la

libertad académica, inspirando sus funciones creativas, haciéndose presente en la educación política y social de sus miembros e iluminando la investigación científica, está dramáticamente lejana de hacerse realidad en la experiencia concreta de tantas universidades católicas del continente.

- 3) Que, por último (y sólo por señalar los asuntos que creemos son más graves), en lo que atañe a su misión propia, han sabido ser iluminadoras de los procesos de cambio de estructuras, ni han sido capaces de formar líderes verdaderamente cristianos para una nueva sociedad, según el encargo que se depositó en ellas; y que su actual nivel de calidad y funcionamiento es insuficiente para cumplir acabadamente el mandato de sobresalir por su excelencia académica, por su intransable compromiso con la verdad, y por su permanente actitud de búsqueda de soluciones a los acuciantes problemas de nuestros países.

Con dolor constatamos que nuestras universidades católicas, en